

» no me permiten contravenir, por falsa compasion, á lo que » yo mismo he decretado con todo el concilio de Nicea. » En tal coyuntura el emperador mismo, y de su propia autoridad, fijó un día de domingo en que Arrio hubiera de ser recibido solemnemente en la iglesia principal de Constantinopla, y admitido á la comunión en presencia de todo el pueblo: é intimó á san Alejandro no hiciera oposicion, bajo pena de destierro. El patriarca no tuvo otras armas que emplear sino las espirituales. Por consejo de Santiago, obispo de Nisiba, que á la sazón se hallaba en Constantinopla, prescribió á los fieles un ayuno de siete dias para implorar los auxilios divinos en lance tan peligroso para la Iglesia. En la víspera del dia fijado, el santo anciano, derramando lágrimas, se postró ante el altar con el rostro en tierra, y con la mayor efusion de alma y corazón dijo esta oracion: « Señor, si Arrio ha de ser recibido mañana en » la Iglesia, sacad á este vuestro siervo de este mundo; pero si » aun teneis piedad de vuestra Iglesia, no permitais que vuestra herencia sea profanada. Herid, Señor, á Arrio con el peso » de vuestra cólera, para que no se enorgullezca mas tiempo » de su victoria la herejía. »

Entretanto Arrio iba recorriendo la ciudad, rodeado de la turba de sus partidarios, que le formaba una especie de acompañamiento triunfal. Llegados todos á la plaza mayor, en frente de la basílica donde estaba orando san Alejandro, Arrio se vió repentinamente acometido de un fuerte temblor nervioso, y pidió retirarse á un lugar excusado. Como tardase mucho en salir, entraron allí los suyos y le hallaron muerto en tierra, en medio de un charco de sangre y echadas á fuera sus entrañas. El horror de tal espectáculo hizo temblar hasta á sus mismos sectarios: nadie osaba acercarse ya al teatro de este fin tan trágico, y todos lo señalaban con el dedo como un monumento de la divina venganza.

3. Estos acontecimientos llenaron todo el tiempo del corto pontificado de san Marcos, que murió el 7 de octubre de 336, en el mismo año de su exaltacion. Fué enterrado en la via *Ardeatina*, en el cementerio de Santa Balbina, y de allí transpor-

tado á la iglesia de San Marcos, cuya dedicacion habia hecho. Impuso este pontífice las manos á veinticinco obispos, veintisiete presbíteros y seis diáconos: quedando vacante la silla romana algun tiempo, despues de su muerte.

§ II. PONTIFICADO DE SAN JULIO I (6 de febrero de 337-12 de abril de 352).

4. San Julio I fué elegido sucesor á san Marcos el 6 de febrero de 337, despues de una vacante de tres meses. Uno de sus principales actos fué reunir en archivos especiales todo cuanto pertenecia á la historia de la Iglesia de Roma, actas, donaciones, testamentos. Cenni cree ver en esto el origen de la fundacion de una biblioteca pontifical.

5. La muerte de Arrio habia hecho profunda impresion en el ánimo de Constantino; y hasta el mismo Eusebio de Nicomedia se hallaba atónito y consternado. Y en efecto, un acontecimiento tan imprevisto salia evidentemente de la línea de los hechos ordinarios y desbarataba todos sus planes. El emperador pensó dirigirse al patriarca del desierto, san Antonio, para ilustrar y asegurar su conciencia. Cuando los oficiales de palacio llegaron á las montañas del desierto, portadores del mensaje imperial, los monjes no pudieron disimular el júbilo que les causaba semejante honor hecho á su padre. « No lo » extrañeis, les dijo este, el que un emperador escriba á un » hombre mortal; extrañaos mas bien de que Dios se haya » dignado escribir su ley para los hombres, y hablarles por » medio de su propio Hijo. » Respondió san Antonio á Constantino, dándole consejos llenos de sabiduría, en los cuales le recordaba la frivolidad de las cosas de la tierra, y la cercanía de los juicios de Dios, eternos é inescrutables. Insistia suplicando al emperador que hiciese revistar el proceso de san Atanasio, y que mandase cesar un destierro tan injusto para con un inocente, como perjudicial á la fama y honra del príncipe que lo habia mandado. En el momento mismo en que el emperador recibia esta carta en Constantinopla, acababa de decretar el destierro de Pablo, patriarca de Constantinopla y sucesor



de san Alejandro, á instancias reiteradas de Eusebio de Nicomedia, que queria ser patriarca de esa silla; no obstante ser ya dos veces intruso, aun queria serlo otra vez mas. Mientras tanto, el término de la vida de Constantino se acercaba ya á pasos presurosos, y las amonestaciones de san Antonio hacian gran mella en una conciencia que se iluminaba á la cercanía de la muerte. Formó la resolucion de llamar á san Atanasio, pero la muerte no le dejó tiempo. El héroe cristiano, que habia inaugurado la cruz triunfante sobre las ruinas del espirante paganismo, iba á dejar el trono á un hijo indigno de él. Sus últimos momentos fueron los de un santo. Mas grande en su lecho fúnebre que en los campos de la victoria, no quiso llevar mas la púrpura, y solo pensaba en morir como buen cristiano: falleció el 20 de mayo de 337. Héroe en la primera mitad de su vida, tan consumado político como guerrero afortunado, el primer emperador que hubiese comprendido la influencia que habia de ejercer el cristianismo sobre la civilizacion, y que hubiese favorecido y cooperado al bien y esplendor de la religion con leyes é instituciones benéficas, Constantino habria sido el mas perfecto príncipe, si en la segunda mitad de su vida no se hubiese hecho como instrumento de todas las intrigas y artificios de sus cortesanos. Sin embargo, su nombre ha quedado como nombre amado y venerado por la Iglesia; su memoria será bendita para siempre jamás; y los bienes inmensos que ha hecho, no podrán quedar borrados por los males que no ha impedido siempre, y que muchas veces estuvo en su mano el impedir.

Constantino habia muerto sin que ninguno de sus tres hijos se hallase presente para cerrarle los ojos: se depositó su cadáver en el gran salon del palacio de Nicomedia, en un catafalco elevado, cubierto de púrpura, y rodeado de antorchas y candeleros de oro. Fué trasladado despues á Constantinopla y enterrado en la iglesia de los Apóstoles, donde habia escogido su sepultura. El imperio fué dividido entre sus tres hijos: Constantino el jóven poseyó la España, las Galias y en general todas las provincias romanas del otro lado de los Alpes; Cons-

tancio poseyó el Asia, el Oriente y el Egipto; y Constante la Italia, el África, la Sicilia y la Iliria (año 338). Esta division se modificó muy pronto por el crimen de Constante, que hizo asesinar á su hermano Constantino el jóven, y se apoderó de sus Estados en 340; por manera que el imperio se redujo á las dos grandes divisiones del *Oriente*, donde reinó Constancio, y *Occidente*, gobernado por Constante el fratricida.

6. Constantino el jóven habia tenido tiempo, durante su efimero reinado, para restablecer á los obispos ortodoxos arrojados de sus sillas por los Arrianos. San Atanasio volvió pues á Alejandria el año 338, donde fué recibido con universal aplauso del pueblo y con la pompa digna de un emperador. Aselepas de Gaza, Marcelo de Ancira y Paulo de Constantinopla regresaron igualmente á sus iglesias. Estos actos de Constantino el jóven hacen llorar su fin tan prematuro. Constancio, que tomaba las riendas del gobierno del Oriente agitado por las disensiones de los Arrianos, tenia todos los defectos de su padre, sin ninguna de sus cualidades buenas. Carácter débil, indeciso, siempre vacilante, conducta sin unidad, plan ni consistencia, y llena de contradicciones, reinaba por medio de sus favoritos. Se decia de él: « Es menester confesar que el emperador tiene gran valimiento para con Eusebio, jefe de los eunucos. » Este eunuco llamado Eusebio habia sido ganado en un principio por Eusebio de Nicomedia, y era arriano. La emperatriz tenia tambien iguales opiniones, y el sacerdote arriano á quien Constantino habia admitido á su favor y gracia por recomendacion de su hermana Constancia, y á quien encomendó la ejecucion de su testamento, fué el todopoderoso en la nueva corte de Constancio. Fácil es prever el partido que supo sacar Eusebio de Nicomedia de coyunturas tan favorables para su partido. Sin embargo la muerte iba llevándose, en torno de él, los hombres que mas admiraba, y en el mismo año le arrebató de su lado su homónimo Eusebio de Cesarea, este su *alter ego*, mas bien cortesano que obispo, mas erudito que profundo, mas retórico que teólogo, y en todas ocasiones mas favorable al error que á la verdad. Este ejemplar no hizo



tampoco impresion alguna en Eusebio de Nicomedia; los ambiciosos, mientras haya honras y prez que ganar, se creen inmortales. Hizo reunir inmediatamente una junta de obispos en Constantinopla. Por acusaciones calumniosas, se depuso al patriarca de Constantinopla, Paulo I, el cual volvió á ser desterrado; y por esta vez al menos, Eusebio logró coronar sus intrigas con el éxito mas completo: asentóse en fin en el trono patriarcal de Constantinopla, objeto de sus sueños y delirios ambiciosos.

7. Su odio contra san Atanasio no podia menos de ir en aumento, pues que tenia medios de satisfacerlo. Un sacerdote arriano, llamado Pisto, de vida y costumbres vituperables, fué consagrado obispo por Segundo de Ptolemáida, que habia sido depuesto por el concilio de Nicea. Pisto fué enviado con el título de patriarca á Alejandria, en tanto que san Atanasio, acogido como un padre por todos los católicos, volvía á entrar en posesion de su legítima autoridad. Eusebio de Nicomedia envió al propio tiempo á Roma una diputacion encargada de remitir al papa san Julio I cartas de acusacion contra san Atanasio, y de recomendacion del patriarca intruso, Pisto. — Para responder á estas calumnias, reunió san Atanasio en Alejandria un concilio de cerca de cien obispos del Egipto, Tebáida, Libia y Pentápolis. Se leyeron en esta asamblea todos los procesos entablados antes contra el santo patriarca: se hicieron ver todas las calumnias, nulidades é irregularidades de que estaban tachados dichos procesos. Los obispos dirigieron en seguida una epístola sinodal al papa san Julio y á todas las iglesias del mundo para protestar contra todo lo que habian dicho y hecho contra san Atanasio sus mismos enemigos. Los diputados portadores de esta epístola llegaron á Roma al mismo tiempo que los de Eusebio de Nicomedia. Poco les costo á aquellos hacer callar á estos y convencerlos de calumniadores. Sin embargo los Eusebianos aun no se dieron por vencidos. Reunieron un concilio arriano en Antioquia á vista y presencia misma de Constancio, en ocasion de la dedicacion de la basilica de aquella capital (en 341). Despues de la

redaccion tres veces anulada de una profesion de fe, se convinieron por último en adoptar la cuarta profesion, donde no se hallaba el término *consustancial*, tan terrible á los Arrianos. Se procedió en seguida contra san Atanasio, á quien se depuso sin esperar la sentencia de Roma; y se le dió por sucesor no ya á Pisto, que dejaron á un lado por su mala fama, sino á Gregorio de Capadocia, que fué consagrado en cualidad de patriarca de Alejandria, y enviado con escolta de soldados, enviada por Constancio, á tomar á mano armada posesion de su silla. Los cánones de disciplina fueron hechos de conformidad con estos actos inícuos. « Si algun obispo, dicen, ha sido con- » denado una vez por el concilio, no podrá ser juzgado ya por » otros, y su sentencia surtirá efecto. » — « Si el tal obispo » condenado continúa á perturbar la paz de la Iglesia, será » reprimido por la potencia exterior como sedicioso. »

— Esto no era sino apelar contra Atanasio al brazo secular, llamado entonces Constancio, y desechar la intervencion del papa. Se depuso en seguida á Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza; y pudieron los Eusebianos aplaudirse de triunfar con las armas y las intrigas.

8. Habia llegado entretanto Gregorio de Capadocia á Alejandria, apoyado con la autoridad y fuerzas militares del apóstata Filagro, á quien, por solicitud de los Eusebianos, acababa Constancio de nombrar por la segunda vez prefecto del Egipto, con expresa mision de arrojar á todo trance á san Atanasio. Se tomó por asalto la iglesia, fueron despojadas é indignamente ultrajadas las vírgenes consagradas á Dios. Los monjes, que se mantenian fieles á su legítimo patriarca, fueron maltratados y algunos asesinados; robáronse los vasos sagrados; y así es como tomó Gregorio posesion de una silla á la que le elevaban las armas de Constancio y el poder abusivo de los Eusebianos. San Atanasio fué proscrito; su cabeza puesta en precio al que la presentara, por orden del gobernador; todos cuantos le eran fieles, encarcelados; y el mismo Atanasio obligado á esconderse en un monasterio de la provincia. Empeñó el patriarca intruso la visita pastoral de la provincia con una buena escolta



de soldados. La mayor parte de los obispos se negaron á reconocer un metropolitano impuesto por fuerza y á cuya eleccion no habian sido llamados. Se les respondió cargándoles de grillos y cadenas. Sarapamon, obispo de la alta Tebáida, fué confinado por su valerosa resistencia; el venerable anciano Potamon, cuyas virtudes elogiaron los dos concilios de Nicea y de Tiro, fué azotado con varas y murió de este suplicio, mereciendo la gloria de un doble martirio. Contra tantas violencias, Atanasio respondia con la calma que inspira un derecho imprescriptible y una conciencia justa é inocente. Escribió á todos los obispos del mundo católico una circular exponiéndoles los hechos, y suplicándoles no comunicasen con el intruso. Llenado este imperioso deber, á fin de no comprometer con larga permanencia á los monjes que le habian dado asilo, pasó á Roma, en donde le recibió el papa san Julio como á un héroe de la fe. Anunció el romano Pontífice su intencion de avocar el juicio de este negocio á su tribunal. Con este objeto convocó para el año 342 un concilio en Roma mismo, y envió dos sacerdotes romanos, Elpidio y Filoxenio, á los Eusebianos, intimándoles la orden de asistir á este sínodo. Los Eusebianos retuvieron muchos meses á los legados bajo diferentes pretextos, y al fin los despidieron encargándoles presentasen al papa una carta en la cual hablaban en términos hasta equívocos de su respeto por la Santa Sede, y declararon que no les era posible ir al concilio de Roma, cuya época estaba ya sobrado cercana. Ya estaba reunido este concilio cuando pudieron llegar Elpidio y Filoxenio: se componia de cincuenta obispos de Italia, África y las Galias, que admitieron unánimemente á la comunión de la Iglesia á san Atanasio, á Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza; declararon nulo el nombramiento de los intrusos que les habian despojado de sus sillas. San Julio escribió entonces en unión con los Padres del concilio una carta á los Eusebianos en respuesta á la que le habian entregado Elpidio y Filoxenio. El papa declara en dicha carta que la fe del concilio de Nicea es la verdadera fe católica; que todo cuanto se ha emprendido contra las decisiones de este concilio ecuménico es nulo y de ningun

valor; justifica á san Atanasio, á Marcelo de Ancira y á Asclepas de Gaza de cuantas calumnias eran víctimas; condena formalmente á los intrusos que habian osado arrojarlos de sus sillas; y en fin, se declara ásperamente contra la irregularidad de todo cuanto se haya hecho sin anuencia de la silla de Roma. « ¿No » sabeis acaso, dice, que la regla canónica era desde luego » recurrir á nuestra autoridad, y que de nuestra autoridad ha- » bía de salir la decision? Tal es la tradicion que hemos recibido » del bienaventurado apóstol Pedro, y la creo tan universal- » mente reconocida, que no la mencionaria ahora si no me » obligaran á ello deplorables circunstancias. » Esta carta del papa san Julio, admirable por su majestad, dulzura y verdadera elocuencia, es uno de los mas preciosos monumentos de la sabiduría y firmeza de los romanos Pontífices.

9. Cuando llegó esta carta á Constantinopla, Eusebio, el obispo intruso, el prelado cortesano, el fautor del arrianismo, cuyas intrigas habian hecho nacer y perpetuarse en el seno de la Iglesia tantas conmociones y disturbios, acababa de morir en su silla usurpada (año 342). Los católicos de Constantinopla, libres de su tiránico yugo, se apresuraron á llamar á su legítimo patriarca san Pablo, injustamente desterrado, antes que volviese Constancio, que aun estaba en Antioquia. Mostróse el público regocijo con muestras del mayor entusiasmo y con las mas enérgicas aclamaciones, cuando el venerable anciano desembarcó en la playa del Bósforo; y se pudo creer entonces que ya habian llegado para esta iglesia tan atribulada los dias de paz y de union. Pero el espíritu de Eusebio habia sobrevivido en su partido: los obispos arrianos, Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, protestaron contra la restauracion del verdadero patriarca: á un intruso quisieron por sucesor otro intruso, y consagraron, en calidad de patriarca de Constantinopla, á Mardonio, sacerdote indigno, que añadió mas tarde su nombre á la lista de los heresiarcas. Esta sacrílega eleccion fué señal de una guerra civil y de una espantosa sedicion en Constantinopla. El emperador Constancio, avisado por los Arrianos, envió á su prefecto de guardias, Hermógenes, con orden



de apoderarse de san Pablo y conducirlo á su destierro. Los católicos querian defender á su obispo, agitáronse todas las pasiones y ya no se conocieron límites : la muchedumbre se apoderó de Hermógenes, quemó su palacio, le asesinó y arrastró sus miembros descuartizados por la ciudad (342). Constancio, al saber esto, partió de Antioquía, atravesó á caballo, á pesar de las lluvias y nieves del invierno, toda la Asia menor y llegó á las puertas de Constantinopla, decidido á ponerlo todo á sangre y fuego. El pueblo todo lloroso, el senado suplicando y todos los cuerpos del Estado en duelo, salieron á su encuentro : se dejó vencer á sus plegarias é hizo gracia á todos los rebeldes, con condicion empero que se le dejaria desterrar á san Pablo. El patriarca pues dejó por tercera vez su iglesia, que caia de nuevo en manos de un usurpador.

10. En el entretanto el papa san Julio habia diputado á Tréveris, cerca del emperador Constante, legados encargados de entregarle la carta sinodal del concilio de Alejandria, y de darle parte del destierro de los patriarcas de Alejandria y de Constantinopla. Constancio por su lado hizo salir para Tréveris cuatro obispos arrianos que debian explicarle todo lo sucedido en el concilio de Antioquía. San Máximo, obispo de Tréveris, se negó á comunicár con ellos, y acogió, al contrario, á los delegados del soberano Pontífice con muestras públicas de la mayor veneracion, y declaró que nunca creeria ni seguiria otra fe que la de Roma. Constante fué de este mismo parecer. Los prelados arrianos regresaron pues al Oriente, donde no se vió otro partido que tomar que el de reunir un nuevo concilio en Antioquía : el cual se celebró en el año siguiente (345). Fué convocado á este concilio todo lo que podia figurar en el partido arriano. Se desechó redondamente el término de *constancial*, y despues de muy acoloradas discusiones, convinieron en fin en una larga fórmula de fe, compuesta casi toda con palabras de la Escritura, y esta fórmula habia de ser el nuevo simbolo del arrianismo.

11. Los Orientales la enviaron en el año siguiente de 346 al concilio de Milan, que el papa san Julio habia convocado. Fué

desechada unánimemente, y los Arrianos irritados apelaron á un concilio mas numeroso, donde se reunieran obispos de Oriente y de Occidente. — El papa accedió gustoso á su peticion, y de acuerdo con los emperadores Constancio y Constante se convocó un concilio en Sárdica para el año 347. Trescientos obispos católicos, teniendo á su frente á Osio, obispo de Córdoba, acudieron al llamamiento del soberano Pontífice. Los Arrianos acudieron en menor número, mas en cambio se hicieron acompañar del conde Musoniano, y de Hesiquio, general del ejército imperial, esperando que el peso de las armas y del favor imperial harian recaer la decision en favor cuyo. Osio de Córdoba fué designado por san Julio como su legado, y el concilio procedió á sus deliberaciones sin querer admitir ni á conde ni á general, estando resuelto á tomar una decision completamente independiente de ninguna influencia política, ni manejo alguno de corte. San Atanasio se presentó con todas las piezas que probaban su inocencia y la falsedad de las acusaciones de sus enemigos. Los obispos desterrados por Gregorio, patriarca intruso de Alejandria, se presentaron con las maniotas y cadenas con que se les habia cargado : y testimonios oculares depusieron y dieron fe de las violencias que habian visto cometer. Iglesias enteras habian enviado diutados, que reclamaban del concilio de Sárdica sus pastores legítimos, confinados, ultrajados y perseguidos por los Arrianos : referian los espantosos tratamientos experimentados por vírgenes consagradas al Señor, por venerables y santos obispos, por religiosos y anacoretas. El original de la sumaria acerca del negocio de Isquiras, en la provincia de la Mareótide, fué depositado por san Atanasio en manos de los Padres : la inocencia del santo patriarca estaba confirmada por testimonio de sus mismos enemigos. Los obispos del Oriente no podian resignarse á aprobar deliberaciones en cuya decision no tenia parte la fuerza material y el influjo de que disponian : así es que se retiraron precipitadamente del concilio y desecharon las proposiciones que para atraerlos al buen sendere les hicieron los católicos. Osio de Córdoba llegó hasta someterles esta proposi-